

Dice Jaime Quezada, Premio Alerce Poesía 1967.

A JAIME QUEZADA se lo señala destacadamente dentro de la más nueva promoción de poetas chilenos. Nacido en 1942 y con un libro a su haber (*Poemas de las Cosas Olvidadas*, 1965), fue el año pasado singularmente auspicioso para él. La obtención de los premios Pedro de Oña, primero, y Alerce posteriormente, así lo testimonian.

Quezada estudia leyes en la Universidad de Concepción. Allí —junto a Silverio Muñoz, otro activo difusor de la poesía y poeta él mismo— dirige la revista *Arúspice*, de destacada labor en este último tiempo. Una de sus últimas actividades fue el *Encuentro con Gonzalo Rojas*, homenaje, en los 50 años del poeta, a su dilatada y fecunda labor.

Jaime Quezada es lo que se llama una persona quitada de bulla. Al sugerirle esta conversación nos dijo: "La verdad es que no me gusta hacer declaraciones; no soy ningún teórico; no sé qué decir".

Nosotros creemos que si tiene mucho que decirnos este joven escritor. Su experiencia, de algún modo se inserta en la experiencia múltiple de una generación que, en estos momentos, está haciendo sus primeras armas; y cuyos integrantes pugnan por elaborar y afirmar su propia personalidad. Sobre esa búsqueda, y lo que en ella hay de problemas y de logros, nos conversó Jaime Quezada.

—Qué pretende poetizar la poesía tuya.

—Lo que está en mí y cerca de mí, lo que me llega y conmueve hondamente: los gestos y la casa, los oficios y el padre, los nueve meses y las mareas y la infancia. Es decir, todo lo que tenga sentido humano, vital. Amo al hombre y lo amo desde la infancia, porque como señala Eliot, todo tiempo es presente. Parece que esto fuese un volver atrás, yo creo que es un mirar hacia el futuro, algo así como una especie de esperanza en lo que somos. Vivimos en un mundo cada vez más aplastado por la sordidez, por las relaciones humanas que en el hecho no existen, por la pérdida de los auténticos valores. Frente a esto es doloroso ser poeta y más doloroso sería no serlo, hay que salvar a la poesía y con ello podemos salvar al hombre. Un poema, escrito con humildad y honradez, puede hacernos más limpios y más lúcidos. No olvidemos la fórmula de Pasternak: hemos nacido para vivir y no para prepararse a vivir.

—Según tu opinión, cuál es el sentido de la creación poética.

—Te confieso con honradez: escribo casi por intuición, por un dictado interior que no cesa hasta dejar algo en un papel. No me preocupa la originalidad, ni lo preciosista, ni la novedad. Me quedo con las raíces de las cosas, con la sencillez, las palabras tal cual son, aunque sea también un poco de retórica. Cada poeta debe seguir el tema que lo llame; y yo busco mi creación en lo cotidiano, en lo subjetivo, en lo íntimo. Por ahí va mi fe, mi orientación con mucho de fanatismo y de pasión. Sobre todo en un país como el nuestro donde los poetas estamos escribiendo para los poetas y los escritores en general. Un poco de nuestra culpa hay en esto de la desconfianza con que suele mirarse a la poesía, por ejemplo. No soy ningún petardista, pero tengo conciencia de mi trabajo creador, como lo tienes tú y lo debiéramos tener todos los poetas jóvenes: ser genuinos y estar comprometidos con su oficio o vicio. Ahora más que nunca debemos ser fuertes y puros, no puristas, y protestar y resistir. En un tiempo en que los potentados se tiran al barro para cambiar su piel, Cortázar aconseja a los cronopios, arrojarse al fuego.

—En más de alguna oportunidad se te ha integrado a la tendencia, dentro de nuestra poesía, denominada "Poesía Lárica". ¿Estás tú de acuerdo con esta designación? ¿Cómo definirías esta actitud poética?

—Apenas aparecido mi primer libro, "Poemas de las Cosas Olvidadas", la crítica joven y la que está al día en el proceso poético chileno, lo encasilló en esa tendencia o movimiento llamado "poesía lárica". Y tienen cierta razón, porque hay en mi poesía elementos que configuran esta corriente. Hay además por ahí una



■ JAIME QUEZADA: "Estoy comprometido con mi oficio, con mi poesía... Escribo para espantar mi soledad..."

La poesía es un acto de vocación, de lucha, de rebeldía

por Omar LARA

antología en un número del Boletín de la Universidad en la que se incluye mi nombre. Reconozco que me gusta que me llamen poeta lárico, al cual he llegado sin querer, sin proponérmelo. Yo tengo una infancia y una adolescencia vivida, para bien o para mal. Vivo constantemente pensando en la infancia, en mi casa familiar, en mi pueblo. Es como una especie de refugio, y no por miedo, ni ocio, ni comodidad. Lo digo más arriba: un deseo de vivir sin limitaciones. Después de todo lo que hace la poesía no son los "temas" sino la riqueza emotiva del poeta al tratarlos". Además, soy un poeta en formación, aún no alcanzo a los treinta años, se pasa por etapas, "somos niños en constante crecimiento". Por ahora, por ejemplo, no me preocupan —poéticamente— las naves espaciales, aunque me apasionaron las lecturas de Julio Verne y en estas noches de verano busco a las "Tres Marias" y me gustaría ser astrónomo. Te cito una anécdota: a las seis de la mañana me despierta una barredora mecánica que limpia la calle con un ruido ensordecedor. De inmediato recuerdo a los barrenderos de mi pueblo que a esa misma hora realizan un trabajo semejante, silenciosamente, sin desper-

tar a nadie. Es progreso, por cierto, pero no puede olvidarse lo que se vivió y se vive, no se trata de ficciones, es algo real, humano, con todos sus sentidos. En el fondo eso es lo que persigue, creo, la poesía lárica, un reencuentro con los días y con la tierra, con los contenidos simbólicos y rituales de la vida cotidiana, con los trabajos y los oficios. Todo a través de un lenguaje de expresión directa y de comunicación.

—Crees tú que en la poesía deben entrar elementos políticos y sociales inmediatos. ¿Se dan esos elementos en tu poesía?

—Cada poeta tiene un tono para decir sus cosas. Creo que los elementos políticos y sociales inmediatos no son excluyentes en el quehacer literario, siempre que no caigan en actos de lesa poesía. Personalmente nunca escribo sobre el asunto caliente y con toda verdad, no me resultaría un poema con elementos políticos, andaría en un terreno que no es el mío, falso, que no me corresponde. Me empañaría, y en vez de ser un explorador, sería un hipopótamo. Estoy comprometido con mi oficio, con mi poesía. La poesía es un acto de vocación, de lucha, de rebeldía. Pero no soy de los que escribo ni para los burgueses ni para el pueblo. Escribo para espantar mi soledad. Pero si soy consciente con mi poesía, debo serlo también conmigo mismo como poeta y como hombre: vivo en un país cuya ley de la selva se aplica sin piedad. Frente a ello no basta un poema para cambiar las cosas, hay que tener una actitud plural de acercamiento a nuestro hermano de Chile o de América. Si elementos políticos no se dan en mi poesía, si se dan los sociales, basta leerla con un poco de detención: en ella aparece siempre gente de nuestro pueblo: pescadores, panaderos, barrenderos, mujeres que

llevan sus hijos a la escuela. Pienso que es una manera de estar junto a ellos, de defenderlos humanamente.

—Háblanos de tu libro premiado en el Concurso Alerce.

—Las Palabras del Fabulador —así se llama— está dividido en tres partes. La primera, se llama RETRATO HABLADO. Y no es otra cosa que un retrato humano del hombre que vive en la gran ciudad, rodeado de principios y de costumbres, del diario simulacro de la fábula.

La segunda sección lleva el nombre de LAS PRIMERAS TABLAS, es un mirar hacia la casa de la infancia, el lugar natal, con cierto aire de eso que hemos hablado, de lo "lárico".

La parte final corresponde al título del libro: LAS PALABRAS DEL FABULADOR, son poemas breves, casi epigramáticos, pequeñas fabulillas cuyo personaje es el núcleo familiar: el padre, la madre, el hijo. Una especie de crítica a la educación religiosa, sexual, moral que se recibe desde niño en el hogar, en el colegio, en la sociedad.